

## LUIS GARAY

(NOTAS A UN CARNET)

**S**INGULARMENTE nos atrajo siempre la trayectoria artística de este pintor murciano. Nacido en la última década del siglo XIX, recogió las preciosas sugerencias—didácticas, innovadoras, puras e inteligentes—de la plástica francesa, desde Corot hasta Braque y Matisse. Para alcanzar esa luminosa meta de inquietantes preferencias, hacia falta sensibilidad, sin duda, y Luis Garay estaba bien dotado. Comprendió ejercitándose en un malabarístico e intenso juego de lecturas, conduciéndole a sus actuales conocimientos la plácida serenidad del clasicismo pictórico, el lúcido pensamiento de la escuelas italianas primeras y el humanismo de la literatura española de mayor envergadura. ¡Ah, con mucha simpatía para D. Baltasar del Alcázar!

Garay ha sabido mantener, a través de los años, con una suprema elegancia, la personalidad y maestría de su inconfundible estilo. Los tonos melancólicos de su color—verdes amados de praderas inglesas, con baladas y rubias muchachas—, unidos a un excepcional dominio del dibujo y al lirismo poético de los asuntos, hizo que sus telas lograran la elevada catalogación de los iniciados y entendidos. Fué Garay—y sigue siéndolo, manteniendo el constructivo hervor burbujeante de la discusión—un pintor de disconformidades, rebeldías y «escándalos». Conserva vivo el humor y la dialéctica junto a un claro entendimiento de la pintura y sus infinitos secretos. También, como los antiguos maestros, Garay es grabador, litógrafo, supremo conocedor de las obras al fresco, géome-



tra, pedagogo de excepcional clarividencia, pulcro delineante y alquimista de sus propios óleos. Casi un brujo. Y además, cómico y torero.

En lo físico, Luis Garay es menguado y escuálido, y si sus cigarrillos de verónica tuvieran el volumen normal, nuestro artista se vería en el apuro de no saber si él pesaba más que sus olorosas hierbas liadas. Esto y el rápido movimiento nervioso de la nariz son dos notas muy peculiares en este flaco y sutil paisano.

Garay pertenece a un grupo de pintores y escultores murcianos cuya hondura de sentimientos, fe en los naturales designios y entusiasmo por el arte son acreedores de apasionadas alabanzas.

El tiempo—1910-1930—fué encantador, y la vida murciana paradisíaca. No fueron ajenos a este intenso influjo los poetas y escritores, el estudio de Romea, el Círculo de Bellas Artes, los suplementos literarios de «La Verdad» y la revista «Verso y Prosa». Grandes pintores extranjeros, de escuelas minoritarias, desfilaron por el ensueño de la ciudad y su huerta, y lo más despierto de la poesía española del momento se cobijó en Murcia. Los nombres emocionadamente recordados de Tryon, Japp, Hall y Cora y Jan Gordon, sirvieron para enaltecer este ateneo y el vivificador meridiano de la cultura local.

Garay alentó amorosamente la pintura, y sin salir de Murcia, no fué desconocedor de ningún movimiento intelectual, informándonos de lo más interesante de ese bello mundo de los colores y de las formas.

Hoy la Casa de Murcia en Madrid, cálida en sus afecciones, cuelga los lienzos de este gran murciano de corazón. El espíritu alerta y el modo inquietante de su pintura aquí los tenéis. Coincidente con el veinticinco aniversario del Museo de Arte Moderno, de Nueva York, podréis admirar parte de la obra de un pintor que, sin desplazarse casi del húmedo valle criador de moreras, supo ver el empuje nítido de un arte que Dios creó con grandeza y libertad, desde la sugestión amable y risueña de Claude Monet a las románticas abstracciones metafísicas de Vasilio Kandinsky.

*Diciembre 1954.*

